

CLUB DEL MISTERIO

ROSS MACDONALD



**COSTA
TRAGICA**

49



Este libro, como todos los de Ross Macdonald, es vivaz, rudo, vibrante, y está brillantemente escrito. Transcurre en California del Sur, donde vemos a Lew Archer en busca de una muchacha que saltó demasiado rápidamente, impulsada por sus ambiciosas aspiraciones, a una posición realmente encumbrada. Sus investigaciones lo llevan a entrar en contacto con un ex luchador dueño de un inexplicable contrato de filmación, un fullero de nota escudado tras un productor, el fantasma de una muchacha de dieciocho años cuyo asesinato no fue resuelto, y por fin con una respuesta que mejor no hubiera conocido jamás. El "Times" de Londres ha dicho de Ross Macdonald: "Debe colocársele en un sitio de privilegio entre los escritores de libros policiales norteamericanos".

a Stanley Tenny

PERSONAJES

por orden de aparición

Lew Archer: *Sagaz y honesto detective*

Jorge Wall: *Enamorado marido de una esposa*

Bassett: *Honrado administrador de un raro club,
pero*

Simón Graff: *Poderoso productor cinematográfico,
muy mujeriego y autoritario*

Isabel Graff: *Esposa del anterior, enferma mental,
celosa*

Stern: *Sujeto sin ningún escrúpulo, para colmo hermafrodita*

Hester Campbell: *Casquivana esposa de Jorge Wall, tanto hace hasta que...*

CAPÍTULO PRIMERO

El Club El Canal se levantaba sobre una saliente rocosa, casi en el extremo sur de Malibú. Todo el lugar estaba protegido por una alta cerca que remataba un triple alambreado de púas.

Detuve el auto frente al portón e hice sonar la bocina. De una casilla de piedras surgió un hombre de uniforme azul y gorra con aspecto oficial. Sus cabellos negros y abundantes empujaban por debajo de la gorra. A pesar de sus orejas y de su nariz machucadas, la cabeza poseía ese aspecto combinado de fuerza y suavidad propio de los indios. Su piel era oscura.

–Lo vi venir –me dijo, con toda amabilidad–. No tenía necesidad de “bocinar”, lastima las orejas.

–Disculpe.

–Bah, no es nada. –Avanzó, arrastrando los pies. Su vientre abultado lo precedía. Se apoyó, amistosamente, contra la puerta del coche–. ¿Qué lo trae por acá, diga?

–El señor Bassett me hizo venir, pero no me aclaró de qué se trataba. Me llamo Archer.

–Ah, sí, lo está esperando. Puede ir hasta allá con el auto. Creo que está en su oficina.

Giró para cerrar el portón de alambres reforzados. Un hombre surgió de unos matorrales y pasó corriendo junto a mi coche. Era un joven corpulento, vestido de azul, de cabellos rojizos. Llegó casi en puntillas hasta el portón.

El guardia se desplazó con agilidad superior a sus años. Dio la vuelta al auto y alcanzó a tomar al joven por la cintura. Éste se debatió y lo empujó contra un pilar. Mur-

muró algo gutural e inarticulado y su hombro, al levantarse, volteó la gorra del guardia.

El viejo se apoyó en el pilar y trató de sacar el arma. Le salía sangre de la nariz y se había manchado la camisa. Apareció su revólver. Salí del auto.

El joven permaneció quieto, con la cabeza inclinada casi afuera del portón. Exclamó:

–Voy a ver a Bassett y no podrá impedírmelo.

–Una bala en las tripas se lo va a impedir –repuso el guardia con tono razonable–. Si se mueve, disparo. Ésta es propiedad privada.

–Dígale a Bassett que quiero hablar con él.

–Ya se lo dije. No quiere hablar con usted. –El guardia arrastró los pies un poco más adelante; la mano derecha sostenía, firmemente, el revólver–. Ahora levante mi gorra, démela y váyase.

El otro se quedó inmóvil por un instante. Luego se inclinó, tomó la gorra, trató de sacudirle la tierra con la manga y se la alcanzó.

–Perdone, no quise golpearlo. Nada tengo contra usted.

–Yo sí tengo algo contra ti, muchacho. –Le quitó la gorra–. Y ahora fuera, antes de que te raje el cráneo.

Toqué el hombro del joven. Noté los músculos que lo abultaban:

–Será mejor que le haga caso.

Se dio vuelta para mirarme mientras se pasaba la mano por el mentón. Sus mandíbulas parecían fuertes, insolentes. A pesar de ello, las cejas pálidas y la boca incierta le conferían un aspecto informal a todo su rostro. Me replicó con ímpetu juvenil:

–¿Y usted quién es: otro de los matones de Bassett?

–No conozco a Bassett.

–Sin embargo dijo que va a entrevistarse con él.

–Vea: si se lo pasa insultando a la gente y tratando de meterse donde no lo llaman un día lo dejarán más chato

que un papel. Quizás peor aún.

Cerró el puño derecho y me miró amenazadoramente. Aparté las piernas para repartir mejor mi peso, dispuesto a bloquear su golpe y a replicarlo.

—¿Y eso qué significa? ¿una amenaza?

—Sólo una advertencia amistosa. No sé qué diablos le pasa pero le aconsejo que se vaya y...

—No me iré sin ver a Bassett.

—Usted sabrá pero, por Dios, no le pegue a los ancianos.

—Ya le pedí perdón por eso —se ruborizó evidenciando su culpabilidad.

El guardia se nos aproximó y lo tocó con el cañón del revólver:

—No acepto tus disculpas, antes podía arreglármelas con dos como tú con una sola mano. Ahora ¿te largas o quieres una demostración?

—Me iré —contestó—. Pero usted no puede impedirme que me quede en la carretera pública. Tarde o temprano, él tendrá que salir.

—¿Qué diablos quiere de Bassett? —le pregunté.

—No pienso decírselo a cualquiera. Eso tengo que contárselo a él, nada más... —Me estudió durante un rato—. ¿Usted sería capaz de decirle que tengo que hablar con él? ¿Que esto es muy importante para mí?

—Creo que sí. ¿De quién le diré que es el mensaje?

—De Jorge Wall. Soy de Toronto —hizo una pausa—. Quiero hablarle de mi mujer. Dígale que no me iré hasta que él me vea.

—Eso es lo que crees —intervino el guardián—. Ahora lárgate, vamos, muévete.

Jorge Wall regresó hasta el camino, moviéndose lentamente, para demostrar su independencia, y desapareció. El guardia enfundó su arma y se limpió la nariz ensangrentada con el dorso de la mano.

–Ese tipo es un ciclópeta o como diablos se llamen – comentó-. El señor Bassett ni siquiera lo conoce.

–¿Bassett me hizo venir por ese tipo?

–Tal vez... No lo sé. –Encogió hombros y brazos con un movimiento sinuoso.

–Está ahí cada vez que llego hasta el portón. Me parece que se pasó la noche metido entre los arbustos. Tendría que haberle dado una buena, pero el señor Bassett no me dejó; es demasiado blando cuando le conviene. Encárgate tú, me dice, nosotros no queremos líos con la policía.

–Y usted se encargó.

–Ajá. Hace tiempo podía entendérmelas con dos como ése a la vez. –Flexionó el brazo derecho y lo palpó, admirado. Sonrió-. Antes yo peleaba... peleaba bien.

–Sí, lo oí. Peleó seis "rounds" con Armstrong.

–Sí –admitió-. Pero ya entonces me sentía viejo: treinta y cinco... treinta y seis años. Mis piernas estaban listas, y perdí por culpa de ellas; de no haber sido por eso hubiera llegado a los diez. ¿Pero usted sabe todo eso? ¿Usted vio la pelea?

–La oí por radio. Yo era colegial; ni recuerdo el premio que se disputaba.

–¡Quién lo hubiera dicho! –dijo como en una ensoñación-. Lo oyó por radio.

CAPÍTULO II

Dejé el auto en la playa de estacionamiento asfaltada, frente al edificio principal. Un árbol de navidad pintado de rojo brillante colgaba invertido sobre la entrada. Era una edificación chata hecha de lajas y madera. Sus líneas bajas, al estilo de Neutra y la simplicidad de su diseño, me impidieron apreciar su tamaño real hasta que no penetré en él. A través de la puerta interna de cristal que había en el vestíbulo pude ver los cincuenta metros de piscina que albergaban las alas en U de la casa. El océano abría un resplandeciente espacio azul al final del edificio.

La puerta estaba cerrada con llave. El único ser humano visible era un muchacho negro. Estaba limpiando el fondo de la piscina. Llamé a la puerta con una moneda.

Al cabo de un rato me oyó y vino trotando. Sus ojos oscuros e inteligentes me escrutaron a través del cristal. Al abrir la puerta me dijo:

–Si viene a vender algo, señor, pudo haber elegido otro momento más oportuno. Ésta no es la temporada y, además, el señor Bassett está malhumorado. Me estuvo reprendiendo y no fue por mi culpa que aparecieron los peces tropicales en la piscina.

–¿Quién hizo eso?

–Los que vinieron anoche. Y el agua clorada los mató; pobrecitos; tengo que sacarlos de ahí.

–¿A los que estuvieron anoche?

–A los peces tropicales. Los pescaron en el acuario y los arrojaron a la piscina. La gente que se divierte en una

fiesta y luego se embriaga olvida toda decencia. Después, el señor Bassett la emprende conmigo.

—No crea que todo es culpa exclusiva de él. Mis clientes, cuando me llaman, suelen estar con un pésimo humor.

—¿Usted es empresario o qué?

—Soy *qué*.

—Preguntaba, no más. —Una blanca sonrisa iluminó su rostro.

—¿Bassett es el dueño de todo esto?

—Eh, no, es sólo el administrador. Por la forma en que habla uno pensaría que es el dueño, pero esto es propiedad de los asociados.

Seguí sus pasos mirando su espalda triangular de guardavidas, a lo largo de la galería. A nuestro costado fueron quedando los cambiantes reflejos verdosos de la piscina. El negro llamó a una puerta gris donde un cartelito indicaba: ADMINISTRADOR. A su llamado respondió una voz aguda:

—¿Quién es, por favor?

—Archer —le dijo el guardavidas.

—Muy bien. Un momento.

El guardavidas me guiñó un ojo y se alejó. La puerta se entreabrió. Por la hendidura, surgió un rostro: ojos opacos y muy separados, que abultaban como los de un pez. La boca delgada, de solterón, emitió un suspiro:

—¡Qué alegría! Pase, pase.

Volvió a echar llave a la puerta una vez que entré y me señaló una silla, frente a su escritorio. Tenía la expresión turbada por la nerviosidad. Se sentó, y comenzó a cargar una enorme pipa de palo de rosa. Esto, su chaqueta de tela escocesa, sus pantalones de corte Oxford, sus zapatos, su acento marinero de la costa este, constituían un conjunto indivisible. Pese a sus cabellos cuidadosamente teñidos de castaño, y a la juventud exagerada que teñía sus mejillas, calculé que rondaría los sesenta.

Miré alrededor de mí. Era una oficina sin ventanas, alumbrada indirectamente por unos tubos de luz difusa, y ventilada por un sistema de aire acondicionado. Los muebles oscuros y pesados, en las paredes varias fotografías de yates con los velámenes desplegados, nadadores zambulléndose, jugadores de tenis felicitándose mutuamente. Había varios libros sobre el escritorio.

Bassett acercó el encendedor a su pipa y tendió una cortina de humo azul:

–Tengo entendido, señor Archer –dijo–, que usted es un experto guardaespaldas.

–Quizá, pero no acostumbro a desempeñar ese oficio.

–¿Por qué no?

–Porque significa vivir junto a tipos endemoniados. Por lo general, solicitan guardaespaldas porque no tienen con quien hablar y porque sufren alucinaciones.

–Bueno, eso no puedo admitirlo como un cumplido, precisamente. ¿O quizá usted no quiso que lo fuera?

–¿Anda buscando un guardaespaldas?

–No sé. Hasta que la situación no se aclare, no sabré decirle qué busco, ni por qué.

–¿Quién le habló de mí?

–Uno de nuestros socios: Joshua Severn. Lo considera una verdadera bola de fuego.

–Ajá. –El problema de las zalamerías estriba en que la gente espera una retribución en especies–. ¿Para qué necesita un detective, señor Bassett?

–A eso vamos. Hay un individuo que ha amenazado... mi seguridad. Lo hubiera oído hablar por teléfono.

–¿Habló con él?

–Sí, anoche y durante un minuto, nada más. Estábamos en plena fiesta... la que celebramos anualmente después de Navidad; me llamó desde Los Ángeles. Dijo que vendría y que me atacaría si no le proporcionaba cierta información.

–¿Qué información le pidió?

—Una información que no poseo. Creo que ahora está fuera del Club, esperándome. La fiesta terminó tarde y me pasé aquí el resto de la noche. Esta mañana telefoneó el portero para decirme que un joven quería hablar conmigo. Le dije que no lo dejara entrar. Cuando me sentí un poco más despejado lo llamé a usted por teléfono.

—¿Y usted qué quiere que haga, en definitiva?

—Que se deshaga de él. Usted debe disponer de algún recurso. Lógicamente, no quiero violencias, a menos que sea absolutamente necesario. —Sus ojos brillaron pálidamente en medio de nuevas capas de humo—. Tal vez llegue a haber necesidad. ¿Tiene un arma?

—En el auto, pero no la alquilo.

—Claro que no. Amigo, usted está interpretando mal lo que quiero decirle. Quizá no me expresé con suficiente claridad. Creo que nadie odia la violencia como yo. Digo que usted podría emplear el arma como... este... como medio persuasivo. ¿No podría escoltarlo, simplemente, hasta la estación, o hasta el aeropuerto y luego meterlo en un avión?

—No. —Me puse de pie.

Me siguió hasta la puerta y me tomó por el brazo. Me disgustó esa familiaridad y me deshice de él.

—Vea, Archer, no soy rico, pero tengo ciertos ahorros. Le pagaré trescientos dólares si me libra de ese individuo.

—¿Que lo libre?

—Y sin violencia.

—No hay caso.

—Quinientos.

—Imposible. Lo que usted me pide es un secuestro según las leyes de California.

—Por Dios, no quise decir eso.

—Piénselo. Dada su posición, creo que no conoce bien las leyes. ¿Por qué no deja que la policía se ocupe de él? ¿Dijo que lo amenazó, no es cierto?

—Así es. Dijo que me azotaría como a un caballo. Pero no se puede acudir a la policía por algo así.

—Sí señor; se puede.

—Yo no. Me parece ridículamente anticuado. Sería el hazmerreír de todo el Sur. Usted no parece comprender las derivaciones de mi situación. Soy administrador y secretario de un club muy, muy exclusivo. La gente más fina de toda la costa me confía sus criaturas, sus hijas jóvenes. No puedo exponerme al menor escándalo... Calpurnia,^[1] ¿entiende usted?

—¿Cuándo se habló de escándalo?

—Esperaba no tener que mencionarlo. Tampoco pensé que me habrían de interrogar por esta cuestión. No importa. Habrá que hacer algo antes de que la situación se torne intolerable.

Lo rebuscado de su vocabulario me fastidiaba. No oculté mi disgusto. Me dirigió una mirada conmovedora que cayó con un ruido seco entre ambos:

—¿Podré confiar en usted, *realmente* confiar?

—Sí, señor, mientras la cosa sea estrictamente legal.

—Oh, cielos, es legal. Con todo, estoy metido en cierto enredo, claro que sin culpa mía. Y no se trata de lo que hice, sino de lo que la gente pudiera pensar que hice. Mire, en todo esto hay una mujer.

—¿La esposa de Jorge Wall?

La cara se le partió en dos mitades. Trató de volverlas a juntar aprovechando la pipa que se metió en la boca, como centro de referencia. Pero no pudo controlar las muecas que le colgaron como ganchos de los extremos de los labios.

—¿Usted le conoce? ¿Lo saben todos?

—Lo sabrá todo el mundo y muy pronto si Jorge Wall sigue dando vueltas por ahí. Lo encontré cuando venía.

Bassett cruzó la habitación con vuelo desesperado. Tiró de un cajón del escritorio y sacó una automática de calibre mediano.

–Deje eso –le dije–. Si se preocupa por su reputación, con balazos sólo conseguirá que todo se vaya al diablo. Wall estaba fuera de la verja y trataba de entrar. Pero no lo consiguió. Me entregó un mensaje para usted: no se irá sin verlo. Eso es todo.

–¿Y por qué no me lo dijo antes? Hemos estado perdiendo el tiempo.

–Usted ha estado perdiendo el tiempo.

–Está *bien*. No discutamos. Debemos alejarlo antes de que lleguen los socios.

Miró su reloj de pulsera y me apuntó con la automática sin quererlo.

–Baje el arma, Bassett. Está demasiado excitado.

La dejó sobre la carpeta que tenía delante de sí y sonrió tímidamente.

–Perdone, estoy nervioso. No estoy acostumbrado a estos sobresaltos.

–¿Y a qué se debe su alarma?

–El joven Wall parece tener la melodramática idea de que le robé la mujer.

–¿Entonces, la conoce?

–Naturalmente, desde hace muchos años... muchos más que Wall. Utilizaba esta piscina para practicar saltos ornamentales desde su adolescencia. Naturalmente ya no es una jovencita. Aunque no debe tener más de veintiún años.

–¿Quién es ella?

–Hester Campbell. Debe haber oído hablar de ella. Hace un par de años estuvo a punto de ganar el campeonato nacional de saltos. Luego desapareció. Su familia se fue de la ciudad; ella no intervino más en los torneos no profesionales. No me enteré de que se había casado hasta que regresó al Club.

–¿Cuándo regresó?

–Hace cinco o seis meses. Seis en junio. Me pareció que había sufrido durante todo ese tiempo. Había integra-

do un espectáculo acuático durante varias semanas; después perdió el empleo y encalló en Toronto. Se encontró con este comentarista deportivo canadiense y se casó con él porque estaba desesperada. El casamiento no prosperó. Ella lo abandonó después de haber vivido juntos menos de un año y regresó aquí. Estaba muy abatida espiritualmente, pero en perfecto estado físico. Hice lo que pude por ella, como es lógico. Persuadí a la comisión directiva para que la dejaran usar la piscina como instructora y que le pagasen una pequeña comisión. Se portó muy bien durante toda la temporada y cuando se le terminaron los alumnos..., reconozco que le di una pequeña ayuda económica. –Extendió sus manos y mostró las palmas–: Si eso es crimen, entonces soy criminal.

–Y si eso es todo, no veo por qué se asusta.

–Usted no comprende... no comprende mi situación...: debo enfrentarme con enemigos, con intrigas. Entre los miembros hay un sector que querría desterrarme del Club. Y si por Jorge Wall llegasen a imaginar que estoy valiéndome de mi posición para aprovecharme de las jóvenes...

–¿Y él podría hacerlo?

–Quiero decir, que si él llevase las cosas hasta una corte judicial, tal como me amenazó... Cualquier abogado sin ética podría convertir todo esto en escándalo en contra de mí. La muchacha me dijo que pensaba divorciarse y creo que yo no fui lo suficientemente discreto. Me vieron con ella más de una vez. Hasta... hasta le preparé algunas cenas. –Se ruborizó ligeramente–. La cocina es uno de mis entretenimientos favoritos. Ahora me doy cuenta de que no fui muy hábil al invitarla a mi casa.

–Pero él no puede hacer nada, a pesar de todo. No estamos en la era victoriana.

–Tal vez, pero sí lo estamos en determinados círculos. Usted no advierte cuán precaria es mi posición. Hasta temo que la acusación sea suficiente.